

certidumbre. Durante un momento permaneció así, con los ojos fijos en el cestito de higos, combatido por esas ideas y sin encontrar la solución. Al fin, cogió un higo y se lo acercó como para examinarlo mejor; no tenía nada de particular y se disponía á dejarlo con los demás, cuando Tata, la cotorra, á la que la gustaban mucho, lanzó un chillido estridente. Aquello fué como una iluminación; la experiencia buscada que se ofrecía.

Lentamente, con su aire serio, con el rostro envuelto en sombra, entregó el cardenal el higo á la cotorra y lo hizo sin una vacilación ni un pesar. Era un lindo animalejo, el único al que había tomado apasionado cariño. Alargando el esbelto cuerpo cuyo plumaje ceniciento verdoso, lustroso como la seda se tornasolaba con los reflejos rosados á la luz, cogió con mucha monada el higo con la patita y después lo hendió con un picotazo; pero cuando lo revolvió apenas comió un poco y dejó caer la piel con casi todo lo que contenía. El cardenal, siempre grave é impasible, miraba y esperaba. La espera fué de tres largos minutos. Por un momento se tranquilizó, rascó la cabecita á la cotorra que muy mansa se dejó acariciar, volviéndose y fijando en su amo su ojillo rojo, que tenía el vivo centelleo del rubí. De pronto se echó hacia atrás y cayó sin dar siquiera ni un sólo aleteo; Tata había muerto, pero en el acto.

No hizo Boccanera más que un gesto con las dos manos al aire, levantadas al cielo con el espanto producido por lo que al fin había descubierto. ¡Gran Dios! ¡Semejante crimen! ¡Una equivocación tan atroz! ¡Un juego tan abominable del Destino! No se le escapó nin-

gún grito de dolor, y la sombra de su rostro volvióse negra y huraña.

Oyóse, sin embargo, un grito, un grito estridente de Benedetta que, lo mismo que Pedro y don Vigilio, había desde el principio seguido el acto del cardenal con una curiosidad, con un asombro que enseguida se trocaron en terror.

—¡Veneno! ¡Veneno! ¡Ahl! ¡Darío de mi alma! ¡Darío mío! ¡Corazón mío!

Pero el cardenal asió violentamente de la muñeca á su sobrina, dirigiendo una mirada oblicua á los dos humildes presbíteros, á su secretario y al extranjero, que habían presenciado la escena.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Se desprendió con una sacudida, rebelándose á impulsos de la cólera y del odio.

—¿Y por qué me he de callar? Es Prada el que ha dado el golpe y le delataré, porque quiero que también muera. Os digo que es Prada, lo sé muy bien por el señor Froment que volvió ayer de Frascati en un coche con ese cura Santobono y ese cesto de higos... Sí, tengo testigos, ha sido Prada. ¡Ha sido Prada!

—¡No! No! ¡Cállate, que estás loca!

Había vuelto á cojer las manos de la joven, á la que trataba de dominar con toda su autoridad soberana. Sabiendo la influencia decisiva que el cardenal Sanguinetti ejercía sobre el exaltado cerebro de Santobono, se explicaba la aventura, no por una complicidad directa, sino con un empuje sordo, semejante al del animal al que se le excita y al que luego se deja suelto para que se arroje sobre el rival que le estorba, á la hora en que el solio pontificio iba á quedar vacante. La probabilidad, la certidumbre de todo esto saltó

bruscamente á sus ojos sin que tuviese necesidad de explicárselo todo, á pesar de las lagunas y de las obscuridades. Y esto era porque comprendía que debía ser así.

—¡No! ¡Oyeme! Te digo que no es Prada... Ese hombre no tenía ningún motivo para odiarme y era á mí á quien trataban de herir... á mí á quien regalaron esas frutas... Vamos, reflexiona... Ha sido preciso que mediase una indisposición repentina para impedirme que comiese la parte mayor y mejor, y mientras que mi pobre Darío los paladeaba solo, hacíale yo broma diciéndole que me guardase las mejores para mañana. Esa cosa tan abominable era para mí y el fué la víctima, ¡oh! ¡Señor! de la más feroz casualidad, de la más monstruosa tontería de la suertel ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué nos habeis abandonado!

Las lágrimas empañaban los ojos del cardenal, mientras que Benedetta, estremecida, no parecía haberse convencido aún.

—Pero, tío, si vos no teneis ningún enemigo, ¿cómo quereis que ese Santobono atente á vuestra vida?

Durante un momento se quedó silencioso sin encontrar una respuesta suficiente. La voluntad de guardar silencio habíase formado en él con una grandeza suprema. Acudió luego á su memoria un recuerdo y se resignó á decir una mentira.

—Santobono no ha tenido nunca cabal el juicio, y se que me odia desde que me negué á influir para que un hermano suyo saliese de la cárcel... Quería que á ese hermano suyo, antiguo jardinero nuestro, le diese yo un certificado que por cierto no merecía... Por lo general, muchos odios mortales no suelen tener causas

mucho más graves. A la cuenta ha creído que debía vengarse de mí.

Quebrantada é incapaz de discutir más, dejóse Benedetta caer en una silla, haciendo un gesto de desesperado abandono.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! No sé... ¿y después que me importa ahora que mí Darío está así? No hay más que una cosa... es preciso salvarle... quiero que le salven... que largo es lo que están haciendo en su habitación, ¿porqué no viene Victorina á buscarnos?

El silencio empezó otra vez, pero un silencio de esos que anonadan. El cardenal, sin decir ni una palabra cogió el cestillo de los higos y lo llevó á un armario que cerró dando dos veces la vuelta á la llave, guardándose después ésta en el bolsillo. Sin duda, pensaba ir, en cuánto se hiciese de noche á arrojarlos él mismo al Tiber; más, en el momento en que se separaba del armario se fijó su mirada en los dos presbíteros que se habían enterado forzosamente de todo lo que hiciera, y les dijo con un acento grande por su misma sencillez.

—Creo, señores, que no necesito recomendaros seais discretos... Hay escándalos que á todo trance debemos evitarlos á la Iglesia, la que no es, no puede ser culpable... Entregar á uno de los nuestros, aún siendo culpable, á un tribunal civil, es con mucha frecuencia herir á la Iglesia entera, cuando las malas pasiones se apoderan del asunto para hacer recaer en ella la responsabilidad del crimen. No tenemos que hacer más que entregar al criminal en manos de Dios que sabrá castigarle mejor y con más seguridad. ¡Ah! ¡Por mi parte y á pesar de haber sido herido en mi persona ó en mi familia y en mis afecciones más caras, declaro, en nombre de Cristo que murió en la cruz, que no

siento ni cólera ni deseo de venganza, y que borro de mi memoria el nombre del asesino, proponiéndome ocultar su abominable acción en el eterno silencio de la tumba.

Y su elevada estatura parecía haber crecido mientras que, con la mano levantada con un gesto elocuente, pronunciaba ese juramento, ese abandono de sus enemigos á las justicia única de Dios; porque no era solo de Santobono de quien quería hablar, sino también del cardenal Sanguinetti, cuya nefasta influencia había adivinado. Y en el heroísmo de su orgullo una angustia infinita, un sufrimiento trágico le trastornaban al pensar en la lucha sombría que estallaba alrededor de la tierra, en todo lo malo y voraz que se agitaba en el fondo de las tinieblas.

Después, cuando Pedro y *don* Vigilio se inclinaban para darle su palabra de que se callarían, apoderóse de él una emoción invencible que le ahogaba; el sollozo de enternecimiento que trataba de dominar subió á pesar suyo á su garganta mientras que balbuceaba:

—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo mío! ¡Ah! ¡El único vástago de nuestra raza, el único varón, mi solo cariño y la única esperanza de mi corazón, morir así!

Dejándose arrastrar por la violencia púsose Benedetto en pié.

—¡Morir! ¿Quién? ¿Darío? ¡No quiero que muera! Vamos á cuidarle, volveremos á su lado, le cojeremos entre nuestros brazos y le salvaremos... Venid, tío, venid pronto... ¡no, no quiero que se muera!

Se acercó á la puerta y nada la habría impedido entrar en la otra habitación cuando precisamente en aquel mismo momento salía de ella Victorina con aire exte-

viado y habiendo perdido todo su valor no obstante su hermosa serenidad acostumbrada.

—El médico,—dijo,—ruega á su eminencia y á la señora que vayan enseguida... enseguida...

Herido por el estupor que todas aquellas cosas le producían no les siguió Pedro quedándose un momento atrás con *don* Vigilio en el soleado comedor. ¡Y qué! El veneno... el tósigo, lo mismo que en tiempo de los Borgías, disimulado elegantemente, servido en unas frutas por un traidor tenebroso al que ni siquiera se atrevían á entregar á los tribunales! Y recordaba la conversación sostenida al regresar de Frascati, su excepticismo de parisien respecto á las drogas legendarias que sólo admitía en el quinto acto de un drama romántico. Y eran verdaderas aquellas historias abominables, los ramos de flores y los cuchillos emponzoñados, los prelados y hasta los papas engorrosos á los que se suprimía llevándoles el chocolate por la mañana; por que ese Santobono, apasionado y trágico, era realmente un envenenador; pues no podía dudarle al recordar todos los detalles de la jornada de la víspera iluminados por sombrío resplandor; recordaba las palabras de ambición y de amenaza que había sorprendido en casa del cardenal Sanguinetti, la prisa para obrar ante la muerte probable del papa reinante, la ingestión al crimen en nombre de la salvación de la Iglesia, después ese cura encontrado en el camino con su cestillo de higos, este cestito paseado durante el crepúsculo por la melancólica Campiña romana, prolongadamente, devotamente sobre las rodillas del presbítero, ese cestito cuyo recuerdo le perseguía á la sazón como una pesadilla, como lo vería en adelante á todas horas estremeciéndose sin olvidar la forma, el color y el olor. ¡El veneno! ¡El vene-

no! Era, sin embargo, verdad, existía, circulaba entre la sombra del mundo negro en medio de los áperos apetitos de la conquista y la dominación!

Y de una manera repentina presentóse á la memoria de Pedro la figura de Prada. Poco antes, cuando Benedetta le había acusado con harta violencia, estuvo á punto de salir en defensa del ausente para revelar la historia del veneno de que se había enterado y el punto de donde salió el cestito y la mano que lo ofreció. Una reflexión, empero, le dejó helado; si Prada no cometió el crimen, lo dejó cometer. Un recuerdo, agudo como un puñal, se le clavó; el de la pollita negra, en medio de la decoración poco agradable de la hostería; sí, de aquel pobre animalejo muerto en el acto bajo el embertizo, con el hilillo de sangre violácea que le manchó del pico. Y allí, en el comedor, caída al pie de su candelabro, yacía lo mismo la cotorra Tata, blanducha, lista y con el corvo pico manchado por una gota de sangre. ¿Por qué mintió Prada al contar que había habido una pelea? Era toda una complicación de pasiones y de luchas oscuras y en las tinieblas, entre las cuales comprendía Pedro que se le iba el pie; del mismo modo sabía cómo reconstituir el tremendo combate que había debido librarse en el cerebro de aquel hombre durante la noche del baile. No podía verle á su lado, evocarle durante su regreso matinal al palacio Bocconeri sin estremecerse, adivinando sordamente todo lo espantoso que se había decidido ante aquella puerta. Aparte de todo, á pesar de las obscuridades y de las imposibilidades, que todo aquello fuese contra el orden, ó mejor, con la esperanza de que una flecha perdida le vengase, á la casualidad, el hecho terrible estaba allí latente: Prada sabía; Prada habría podido

detener al Destino su marcha, y no obstante, dejó que el Destino siguiese su ciega tarea de muerte.

Al volver la cabeza vió Pedro á don Vigilio sentado aparte, en el mismo sitio del que no se había movido. El secretario estaba tan lívido, tan trastornado, que se figuró que también estaría enfermo.

—¿No os encontráis bien?—preguntó Pedro.

Al principio parecía que el secretario no podía responder, de tal manera el terror anudaba su garganta. Después, con voz muy baja, dijo:

—No, no he comido. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que he tenido grandes deseos de hacerlo y que solo la deferencia me contuvo al ver que su eminencia no los comía!

Un ligero temblor hizo estremecer todo su cuerpo al ocurrírsele el pensamiento de que solo su humildad le había salvado. Y en sus manos, lo mismo que en su rostro, conservaba el frío de la muerte vecina de la que sintiera el aleteo.

En dos ocasiones acabó por suspirar, mientras que con un gesto, hacía como para apartar la horrorosa cosa, murmurando:

—¡Ah! ¡Paparellil! ¡Paparellil!

Pedro muy conmovido, y sabiendo además lo que pensaba del caudatario, quiso saber más.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir? ¿Es que le acusáis? ¿Creéis que le han impulsado á obrar y que en suma son ellos?

No se pronunció para nada el nombre de los jesuitas, pero la gran sombra negra pasó por el alegre sol del comedor, que por un momento dijérase llenó de tinieblas.

—¿Ellos? ¡Ah! ¡Sí!—exclamó don Vigilio.— ¡Ellos están en todas partes! ¡Son siempre ellos! En cuanto se llora ó se muere, allí están, son ellos á pesar de todo y por todo. Y en esta lucha debía haber muerto yo, y me choca haber quedado para contarlo.

Luego, lanzó otra vez su sorda queja de temor, de execración y de cólera.

—¡Ah! ¡Paparellil! ¡Paparellil!

Y se calló, negándose á responder nada más, dirigiendo miradas de azoramiento á los muros de la sala como si fuese á ver salir de ellos al caudatario con su rostro arrugado y descolorido de solterona, su trotacalles silencioso de rata roedora, sus manos de misterio y de invasión que habían ido al oficio á cojer el olvidado cestito de higos para llevarlo á la mesa de su eminencia.

Decidieronse ambos entonces á volver al cuarto de Darío, en el que quizás tenían necesidad de ellos, y al entrar quedóse Pedro sobrecogido ante el conmovedor espectáculo que se ofreció á sus ojos. Hacía una hora que el doctor Giordano, sospechando la existencia de un veneno, estaba empleando los remedios usuales en casos semejantes, vomitivos y después la magnesia. Acababa de dar orden á Victorina para que batiese claras de huevo; pero el mal iba empeorando con aterradora rapidez y á la sazón todo socorro era inútil. Desnudo, echado boca arriba y con el busto sostenido por almohadas, estaba Darío horroroso con esa especie de embriaguez ansiosa que caracterizaba á aquel mal misterioso é inexorable al que habían sucumbido monseñor Gallo y tantos otros. Parecía estaba acometido del vicio tigo del estupor; sus ojos hundíanse más y más en

fondo de las negras órbitas, mientras que el rostro entero se descomponía, se desecaba, envejeciendo á la vista, invadido por una sombra gris de color de tierra.

Desde hacía un momento, que abrumado por el mal, cerró los ojos, y no tenía de viviente más que los suspiros oprimidos, penosos y prolongados que levantaban su pecho. Y en pie, inclinada sobre su pobre rostro de agonizante, hallábase Benedetta, sufriendo con su sufrimiento, dominada por un dolor talmente impotente, que estaba ella misma desconocida y tan pálida, tan trastornada por la angustia, como si fuese presa ya también de la muerte poco á poco y al mismo tiempo que él.

En el hueco de la ventana, el cardenal Boccanera cambiaba algunas palabras con el doctor Giordano, al que había hecho siguiese hasta allí.

—¿Está perdido, no es verdad?

El médico, muy trastornado también, hizo un gesto de desesperación, declarándose vencido.

—¡Ayl! ¡Sí! Debo prevenir á su eminencia que antes de una hora todo habrá concluido.

A estas palabras siguió un corto silencio.

—Decidme, ¿no es la misma enfermedad de monseñor Gallo?

Y como el médico no respondiese, temblase y volvíese los ojos, añadió:

—En fin, una fiebre infecciosa, ¿no es eso?

Giordano comprendió perfectamente lo que también le pedía el cardenal; era el silencio, el crimen olvidado para siempre para evitar que sufriese el buen nombre de su madre la Iglesia. Y no había nada más

grande ní de una grandeza trágica más elevada, que aquel anciano de setenta años, tan erguido y de tan soberano aspecto aún, que no quería que su familia espiritual pudiese sufrir y que no consentía tampoco que arrastrasen á su familia humana por entre las inevitables mancillas de un proceso de fama. ¡No! ¡No! ¡El silencio eterno en el que todo se olvida y reposa para siempre.

Con su aire de amabilidad y de discreción clerical el doctor se inclinó.

—Es indudable,—dijo,—que como dice muy bien vuestra eminencia se trata de una fiebre infecciosa.

Dos gruesas lágrimas aparecieron entonces en los ojos de Boccanera. A la sazón, y después de haber puesto á Dios al abrigo, su humanidad sangraba de nuevo. Suplicó al médico que intentase el último esfuerzo, el supremo, que probase lo imposible, pero aquél meneaba la cabeza señalando al enfermo con sus pobres manos tembloras. Ni aún tratándose de su padre ni de su madre habría podido hacer nada por que la muerte estaba allí. ¿A qué cansarse torturando á un moribundo al que no habría hecho más que aumentar los dolores y sufrimientos? Y como quiera que ante la próxima catástrofe se acordase de su hermana Serafina y se desesperase pensando que ésta no podía besar por última vez á su sobrino si se entretenía mucho en el Vaticano, en el que debía hallarse entonces, el médico se ofreció á ir á buscarla en su coche que le estaba esperando. Era cuestión de veinte minutos y podría volver enseguida por si en los postreros momentos tenían necesidad de él.

Al quedarse solo en el hueco de la ventana el cardenal

nal permaneció allí, inmóvil, un momento aún. A través de la ventana, y con los ojos empañados por las lágrimas, contempló el cielo, y sus brazos temblorosos se tendieron con un ademán de ardiente súplica. ¡Oh, Dios! Puesto que la ciencia de los hombres era tan limitada y tan vana, puesto que aquel médico se marchaba de aquella casa, considerándose dichoso al salvar el embarazo de su impotencia, ¡oh, Dios! haced un milagro para mostrar el esplendor de vuestro poder sin límites. ¡Un milagro! ¡Un milagro! Lo pedía desde el fondo de su alma de creyente, con la insistencia, con el ruego imperativo de un príncipe de la tierra que cree haber prestado un servicio considerable al cielo consagrando su vida entera á la Iglesia. Lo pedía para la continuación de su raza; para que el último varón no desapareciese tan miserablemente y pudiese casarse con aquella prima tan amada que estaba llorando allí y que era en esos momentos tan desdichada. ¡Un milagro! ¡Un milagro! ¡En favor de aquellos desgraciados jóvenes tan queridos! ¡Un milagro que hiciese renacer la familia! ¡Un milagro que eternizase el glorioso apellido de los Boccanera y que permitiese que saliese de la unión de los jóvenes esposos toda una descendencia sin cuento de valientes y de fieles!

Cuando el cardenal volvió al centro de la habitación, apareció transfigurado; la fé había secado sus ojos y comunicado fortaleza y sumisión á su alma, en adelante exenta de toda debilidad. Se había entregado en manos de Dios y resolvió ser él mismo quien administrase la Extrema-Unción á Darío. Con un gesto llamado á don Vigilio é hizo que le siguiese á la habitación inmediata que les servía de capilla y cuya llave llevaba

siempre encima. Esa habitación, poco menos que desamueblada, en la que por otra parte no entraba nadie, era la capilla, en la que no había más que un sencillo altar de madera pintada con un gran crucifijo de cobre y gozaba en el palacio del renombre de un lugar santo, desconocido y terrible, porque, según decían, su eminencia pasaba allí las noches de rodillas hablando con Dios en persona. Y para que así entrase públicamente para que dejase de aquel modo abierta de par en par la puerta, era necesario que quisiese obligar á Dios á salir con él en su deseo de que hiciese un milagro.

Detrás del altar había un armario del que el cardenal sacó una estola y una sobrepelliz. La caja de los Santos Oleos estaba allí también y era una alhaja muy antigua que tenía grabadas las armas de los Boccanera. Habiendo entrado don Vigilio en la habitación de Darío detrás del oficiante para asistirle, alternaron enseñando las palabras latinas:

—*Pax huic domini.*

—*Et omnibus habitantibus in ea.*

La muerte se presentaba tan amenazadora, tan próxima, que todos los preparativos acostumbrados se hubieron forzosamente de suprimir. No había ni la mesa cubierta con un blanco lienzo ni los dos cirios. Además, no habiendo llevado el que asistía el hisopo ni el agua bendita, el oficiante se tuvo que limitar á hacer el gesto bendiciendo la habitación y al moribundo, pronunciando las palabras del ritual:

—*Asperjes me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor.*

Dominada por un prolongado estremecimiento que experimentó al ver presentarse al cardenal revestido con los Santos Oleos, cayó Benedetta de rodillas al

del lecho, mientras que Pedro y Victorina, un poco más atrás, se arrodillaban también, trastornándose la dolorosa grandeza de aquel espectáculo. Y con sus ojos desmesuradamente abiertos, agrandados en una faz de una palidez de nieve, no apartaba la *contessina* los ojos de su Darío, al que no reconocía con el rostro terroso, la piel curtida y tan llena de arrugas como la de un viejo. Y no había sido para su casamiento, aceptado y deseado por él, para lo que su tío, ese todopoderoso príncipe de la fé, llevaba el Santo Sacramento de la Iglesia, sino para la ruptura suprema, para el fin humano de todo orgullo, para la muerte que acaba y se lleva las razas lo mismo que el viento barre el polvo de los caminos.

No podía entretenerse y recitó á media voz y apresuradamente el *Credo*.

—*Credo in unum Deum...*

—*Amen,*—respondió don Vigilio.

Después de las preces de ritual, este último balbuceó las letanías para que el cielo tuviese lástima del hombre miserable que iba á comparecer ante Dios si éste con un milagro no le hacía gracia de la vida.

Entonces, sin tomarse tiempo para lavarse los dedos, abrió el cardenal la cajita de los Santos Oleos, y limitándose á una sola unción, como está permitido para los casos de urgencia, puso con la punta de la aguja de plata una sola gota sobre la boca reseca ya ajada por la muerte.

—*Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum, auditum, odoratum, gustum, tactum, deliquisti.*

¡Ah! ¡Con qué corazón más inflamado por la fé pronunció estas palabras, llamamiento al perdón para

que la misericordia divina borrara los pecados cometidos por los cinco sentidos, esas cinco puertas de la tentación abiertas en el alma! Pero era aún con la esperanza de que si Dios había herido á aquel pobre ser por sus faltas, tal vez tendría la indulgencia necesaria para devolverle la vida en cuanto se las hubiese perdonado. ¡La vida, oh, Señor! ¡La vida para que esta antigua raza de los Boccanera pulule aún, continúe sirviéndoos á través de las edades en los combates y ante los altares!

Durante un momento quedóse el cardenal con las manos estremecidas contemplando la faz muda, los cerrados ojos del moribundo y esperando el milagro. No se produjo nada nuevo; no se vió en aquél ninguna claridad. *Don Vigilio* le enjugó la boca con un copo de algodón, sin que de los labios se exhalase un suspiro de alivio. Pronuncióse la última oración, y el oficiante se volvió á la capilla, siguiéndole el presbítero que le había asistido, retirándose ambos en medio del tremendo silencio que parecía caer de lo alto envolviéndolo todo. Arrodilláronse allí ambos, y sobre el desnudo suelo, el cardenal se entregó á una fervorosa oración. Con los ojos fijos en el crucifijo de bronce no vió ya nada más, no oyó nada, entregándose por completo á Dios, suplicando que le tomase en vez de su sobrino si era necesario un holocausto, no desesperando de ablandar la cólera celeste mientras *Darío* tuviese un soplo de vida y en tanto que él estuviese así de rodillas en conversación con Dios, ¡era tan humilde y tan soberano! Entre Dios y un Boccanera ¿no se iba á poder establecer un acuerdo? Si en aquel momento se hubiese derrumbado el vetusto palacio no sintiera la caída de las vigas.

No se había movido aún nada, sin embargo, en la habitación del moribundo y todo se hallaba bajo el peso de esa majestad trágica que la ceremonia parecía haber dejado. Entonces fué cuando únicamente abrió *Darío* los ojos. Se miró las manos y las vió tan envejecidas, tan encogidas, que en el fondo de sus ojos se leyó el inmenso pesar de tener que dejar la vida. Indudablemente, en aquel momento de lucidez, en medio de aquella especie de extraña embriaguez que el veneno le producía, tuvo por vez primera conciencia de su estado. ¡Ah! ¡Morir! ¡Y morir con tal dolor, en medio de semejante decadencia, qué abominación más repulsiva para aquel ser, personificación de la ligereza y del egoísmo, para aquél amante de la belleza, de la alegría y de la luz que no sabía sufrir! El Destino feroz castigaba en él con demasiada rudeza su raza agotada. Tuvo horror de sí mismo y experimentó una crisis de desesperación, un terror de niño, que le dieron fuerzas para incorporarse y para mirar trastornado alrededor de la habitación y enterarse de si todos le habían ó no abandonado. Cuando su mirada encontró á *Benedetta*, arrodillada como siempre al pie del lecho, tuvo un supremo arranque hácia ella, tendiéndola los brazos con tanta pasión como sus fuerzas se lo permitieron, balanceando al mismo tiempo su nombre.

—¡Ah! ¡*Benedetta*! ¡*Benedetta*!

En medio del estupor de la espera no había dejado ésta de contemplarle ni un sólo instante. La enfermedad horrorosa que se llevaba á su amante, parecía que la iba poseyendo más y más á ella, destruyéndola á medida que él se debilitaba. *Benedetta* iba adquiriendo una blancura inmaterial, y por los agujeros de sus tan claras pupilas, empezábase á ver su alma; pero, cuando

le vió resucitando, tendiéndola los brazos y llamándola, púsose en pie á su vez, acercándose y quedándose al lado del lecho,

—Allá voy, Darío! ¡Aquí me tienes!—dijo.

Y Pedro y Victorina, que continuaban de rodillas, asistieron entonces á un acto sublime, de tan extraordinaria grandeza, que quedáronse como clavados en el suelo, como ante un espectáculo ultra terrestre en el que los humanos no tenían que intervenir para nada. Benedetta habló y obró como una criatura desligada de todos los lazos convencionales y sociales, fuera ya de la vida, no viendo ni interpelando los seres y las cosas más que desde muy lejos, desde el fondo de lo desconocido, en el que iba á desaparecer.

—¡Ah! ¡Han querido separarnos, Darío mío! Sí, para que no pueda entregarme á tí y ser feliz en tus brazos, para que no seamos jamás dichosos, por eso resolvieron tu muerte, sabiendo que acabándose tu vida se concluiría la mía... Y es ese hombre el que te mata ¡síl sí!, es tu asesino, aunque haya sido otro el que te hirió. Es él la causa primera de todo, pues me robó cuando iba á ser tuya, y echó á perder para siempre nuestras vidas y que esparció alrededor nuestro y en nosotros el execrable veneno que nos mata... ¡Ah! ¡Cuánto le odio! ¡Si, le aborrezco con un odio con el que quisiera poderle aplastar antes de partir agarrada á tu cuello!

No levantaba la voz y decía estas cosas tremendas con un murmullo profundo, las decía sencilla y apasionadamente. A Prada no le nombró siquiera, y volviéndose apenas hácia Pedro, que herido de estupor estaba inmóvil á su espalda, añadió con acento de mando:

—A vos, que veréis á su padre, os encargo que le digáis que he maldecido á su hijo. El héroe tan valeroso me quiso mucho y yo le quiero aún... estas palabras mías le desgarrarán el corazón... pero quiero que lo sepa... sí, debe saberlo para la verdad y la justicia.

Trastornado por el miedo, sollozando á efecto de una postrera convulsión, tendió de nuevo Darío los brazos, al parecerle que no le miraba, que no tenía sus ojos claros fijos en los suyos.

—¡Benedetta! ¡Benedetta!

—¡Allá voy, Darío mío! ¡Aquí me tienes!

Y se acercaba más, le tocaba casi, de pie, junto al lecho.

—¡Ah! ¡Qué juramento este que había hecho yo á la *Madonna* de no pertenecer á ningún hombre, ni aun á tí, antes de que Dios lo permitiese por medio de la bendición de uno de sus sacerdotes! Consideraba como una nobleza superior, divina, el ser inmaculada, virgen como la Virgen, é ignorante de las mancillas y bajezas de la carne. Y aparte de eso era un regalo de amor exquisito y raro, de inestimable precio que quería yo hacer al amante elegido por mi corazón para que fuese únicamente él el solo dueño de mi alma y de mi cuerpo... Esa virginidad, de que estaba tan orgullosa, la defendí contra otro, con las uñas y con los dientes, como se defiende contra un lobo; me defendí de tí con lágrimas en los ojos para que tú no manchases este tesoro, arrastrado por una fiebre sacrílega, antes que llegase la hora santa de las delicias permitidas. ¡Y si tú supieses cuán terrible eran las luchas que tenía que sostener conmigo misma para no ceder! Tenía una necesidad muy grande, loca, de gritarte que me tomases, que me poseyeses, que me llevases. Por que era tu sér

entero lo que quería... era yo que me entregaba por completo, ¡sí! sin reserva, como mujer que sabe, que acepta y que reclama todo amor... aquel que hace la esposa y la madre... ¡Ah! ¡Con qué pena he cumplido mi juramento á la *Madonna* cuando la vieja sangre enardecíase en mí con aire de tempestad y qué desastre ahora!

Se acercó aun más, al mismo tiempo que su voz baja se hacía más ardiente:

—¿Te acuerdas el día en que volvistes herido con una puñalada en el hombro? Te creí muerto y grité con rabia al ocurrírseme la idea de que ibas á partir y que te perdía sin que hubiésemos gozado de la dicha. Insultaba á la *Madonna*, me pesaba en aquellos momentos no haberme condenado contigo para morir al mismo tiempo, enlazados ambos con un apretón tan fuerte, que habría sido necesario que nos enterrasen juntos... ¡Y pensar que tan terrible advertencia no debía servir para nada! Fui lo bastante ciega, lo suficientemente necia para no entender la lección... Hete ahí herido otra vez, te roban á mi amor y tú te vas antes de que yo me haya entregado cuando aun era tiempo. ¡Ah! ¡Miserable orgullosa! ¡Imbécil soñadora!

Lo que renegaba al presente en su voz ahogada, era en contra de ella misma, era su cólera de mujer práctica y razonable como siempre lo había sido. ¿Era que la *Madonna*, tan maternal, quería la desgracia de los amantes? ¿Qué indignación ó qué tristeza habría podido experimentar al verlos al uno en brazos del otro y tan apasionados y tan felices? ¡No! ¡No! Los ángeles no habrían llorado aun cuando en la tierra se hubiesen amado dos amantes sin contar con el cura; al contrario, debían sonreírse y cantar de alegría. Y era, sin du-

da, un embuste abominable el no gozar de la alegría de amarse bajo el sol cuando la sangre de la vida late en las venas.

—Benedetta... Benedetta,—repuso el moribundo, con el miedo de niño que experimentaba al irse así solo al fondo de la eterna noche oscura y negra.

—¡Aquí me tienes, Darío! ¡Aquí estoy!

Y luego, como creyese que la criada, hasta entonces inmóvil, había hecho un gesto para levantarse é impedirle llevar á cabo el acto, añadió:

—Deja, deja, Victorina, que en adelante nada en el mundo puede impedir esto, porque es más fuerte que todo, más fuerte que la muerte... Hace un momento, cuando estaba de rodillas, hubo algo que me obligó á levantarme... á moverme... Y además, ¿no lo juré la noche de la puñalada? ¿No he prometido pertenecerle á él solo hasta en la tierra si era preciso? ¡Qué yo le bese y que me lleve consigo! ¡Estando muertos, pero al mismo tiempo casados y para siempre!

Volvióse al moribundo al que entonces tocaba, exclamando:

—¡Darío mío! ¡Aquí me tienes!

Y lo que sucedió fué inaudito. Dominada por una exaltación creciente, por una llamarada de amor que la impulsaba, empezó á desnudarse, pero sin prisa. Primero cayó el cuerpo del vestido, y resplandecieron los blancos hombros, los brazos blancos; deslizaronse después las faldas; se descalzó, y los pies blancos, los tobillos, se destacaron sobre la alfombra; después fueron cayendo los últimos velos uno á uno, y se mostraron, con una fuerte carnación blanca, el blanco vientre, la garganta blanca, las piernas. Hasta el último velo, lo retiró todo con una ingenua audacia, con una

tranquilidad soberana, como si se encontrase sola. Estaba en pie, semejante á un gran lirio en su cándida desnudez, en su realeza desdeñosa, ignorante de las miradas. Iluminó, perfumó la triste habitación con la hermosura de su cuerpo, prodigio de belleza, perfección viviente de los antiguos y más hermosos mármoles, con su cuello de reina, el pecho de una diosa guerrera, la línea altiva y esbelta del hombro al talón y las redondeces sagradas de los miembros y de los costados. Era tan blanca que ni las estátuas de mármol, ni las palomas, ni la misma nieve lo eran más.

—¡Darío mío! ¡Aquí estoy!

Como derribados en tierra por una pasión inesperada, por el glorioso llamear de una visión santa, contemplábanla Pedro y Victorina con los ojos cegados, deslumbrados. La última, ni siquiera había hecho un movimiento para detenerla en su acción extraordinaria, dominándola esa especie de respeto ó de terror que se experimenta ante las locuras de la pasión ó de la fé. Y Pedro, paralizado, comprendía pasaba algo tan grande, que sólo se sentía capaz de experimentar un estremecimiento de trastornadora admiración. Ni una idea impura se le ocurrió ante aquella desnudez de lirio y de nieve, de aquella virgen de candor y de nobleza, cuyo cuerpo parecía brillar con luz propia, con el esplendor del amor mismo que lo abrasaba. No le chocó más que como una obra de verdad trasfigurada por el genio.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Y habiéndose acostado Benedetta, cogió entre sus brazos á Darío, agonizante, y cuyos brazos no tuvieron fuerza suficiente para estrecharla entre ellos. Al fin lo había querido con su tranquilidad aparente, con la

blancura liliál de su obstinación, bajo la cual rugía rojo furor de incendio. Esta violencia la consumió siempre, aun en las horas de calma. A la sazón, cuando el destino abominable la robaba su amante, no quería resignarse á ese embuste de perderle sin haber sido suya, puesto que cometió la tontería de no entregarse cuando ambos estaban sonrientes de ternura y llenos de fuerza. En su locura estallaba la rebelión de la naturaleza, el grito inconsciente de la mujer que no quería morir infecunda, inútil como la semilla arrastrada por un viento de desastre y de la que no germinará ninguna otra vida.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Y le oprimía con sus desnudos miembros, con toda su alma desnuda. Pedro, en aquel instante, vió en la pared, á la cabecera del lecho, las armas de los Boccanera, un cuadro antiguo bordado en oro y sedas de colores sobre un paño de terciopelo color violeta. Sí, aquél era el dragón alado echando llamas; era la divisa feroz y ardiente; *Bocca nera, alma rossa: Boca negra, alma roja*, la boca entenebrecida por el rugido, el alma hecha una brasa como un brasero de fé y de amor. Había renacido para retoñar en la última de sus hijas toda aquella raza de pasión, de violencia y de trágicas leyendas y renació en aquellos pavorosos y prodigiosos esponsales en el dintel de la muerte. Y la vista de las bordadas armas evocó en su memoria otro recuerdo, el del retrato de Casia Boccanera, la enamorada y justiciera, la que se arrojó al Tiber con su hermano Ercole y con el cadáver de su amante Flavio Corradini. ¿No era el mismo abrazo desesperado que trataba de vencer á la muerte, el mismo acto de ferocidad arrojándose al cuerpo con el bien amado, el elegido y el único? Ambas se

parecían tanto como si fuesen hermanas, aquella que revivía allá arriba, en su antiguo cuadro, y la otra abajo, la que se moría con la muerte de su amante como si ésta última no fuese más que el trasunto, la reencarnación de la otra, con su mismo rostro de delicada infancia, idéntica boca de deseo y los mismos ojos rasgados de ensueño, iluminando igual cara ¡pequeña, redonda, prudente y terca.

—¡Darío mío, aquí me tienes!

Durante una eternidad, un segundo, se oprimieron, aportando Benedetta un frenesí del don de sí misma; un frenesí sagrado que iba más allá de la vida hasta el negro infinito de lo desconocido que empezaba para ellos. Se mezclaba, se metía en él sin terror y sin repugnarla el mal que lo ponía desconocido y Darío, que expiraba bajo esa gran dicha cuya felicidad disfrutaba al fin, quedóse con los brazos apretados, anudados convulsivamente alrededor de su cuerpo como si se la quisiese llevar consigo. ¿Fué acaso el dolor de esa posesión incompleta, y el pensar en su inútil virginidad que no podía ser fecundada? ¿O bien fué en medio de la alegría suprema de haber consumado á pesar de todo el matrimonio con toda la voluntad de su sér? Tuvo en el corazón, durante ese acto de la impotente muerte, una oleada tal de sangre, que el corazón estalló. Benedetta murió asida al cuello de su amante muerto y ambos estrechamente unidos, enlazados para siempre el uno en brazos del otro.

Oyóse un gemido; Victorina, que se había acercado, comprendió lo que pasaba, mientras que Pedro, también en pie, quedóse sobrecoigido, estremeciéndose de admiración y llorando ante lo sublime.

—Mirad... mirad...—balbuceó la criada.—¡No se

mueve! ¡No alienta! ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Se ha muerto!

Y el presbítero murmuró:

—¡Dios mío! ¡Qué hermosos son!

Era cierto; no se había visto nunca belleza más elevada ni más resplandeciente en rostros de muertos. El rostro de Darío, poco antes lívido y terroso, adquirió de pronto una palidez, una nobleza de mármol, alargándose, simplificándose sus rasgos como bajo el influjo de un arranque de inefable alegría. Benedetta parecía conservar su aire grave, con pliegue de ardiente voluntad en los lábios, mientras que el rostro entero expresaba una beatitud dolorosa é infinita en medio de su blancura sin igual. Mezclábanse sus cabelleras, y sus ojos, que se habían quedado muy abiertos, los unos en el fondo de los otros, seguían mirándose sin cesar con una eterna dulzura de caricia. Era la pareja para siempre enlazada, partida para la inmortalidad con el encanto de su unión, habiendo vencido la muerte y que resplandecía con esa belleza admirable del amor inmortal y vencedor.

Los sollozos de Victorina estallaron mezclados á tales lamentos que produjeron una confusión, y Pedro muy trastornado entonces no se explicó como la habitación se llenó de pronto de gente á la que agitaba y enardecía una especie de sordo terror. El cardenal acudió corriendo desde la capilla siguiéndole *don* Vigilio. Sin duda al mismo tiempo llegaba el doctor Giordano con *donna* Serafina, prevenida ya acerca de lo ocurrido y avisada de la muerte próxima de su sobrino; por que estaba allí también con el estupor de esos golpes que los herían uno tras otro en la casa. El mismo médico experimentaba ese asombro, esa perturbación que os

médicos más viejos sienten continuamente ante los hechos, é intentó dar una explicación, y vacilando hablaba de un aneurisma posible, tal vez de la existencia de un aneurisma ó de la obstrucción de una arteria.

Victorina, como criada á la que el dolor hacía igual á sus amos, se atrevió á interrumpir diciendo:

—¡Ah! Si era tanto lo que se amaban ¿no bastaba esto, señor doctor para que muriesen juntos?

Donna Serafina besó en la frente á aquellos dos desgraciados á los que profesaba tanto cariño y después quiso cerrarles los ojos, pero no pudo conseguirlo por que los párpados volvían á levantarse en cuanto se separaba de ellos el dedo, y estos empezaban á sonreírse, á cambiar fijamente la caricia de su mirada de eternidad. Y como indicase que por decencia debían separarse los dos cuerpos tratando de desanudar sus miembros:

—¡Oh! ¡Señora! ¡Oh! ¡Señora!—exclamó de nuevo Victorina.—Antes que conseguirlo les romperíais los brazos. Ved, pues, parece que los dedos se les han clavado en las espaldas... No se separarán nunca.

Intervino entonces el cardenal. Dios no había hecho el milagro. Estaba lívido, no derramaba ni una lágrima y le dominaba una helada desesperación que le engrandecía. Hizo un gesto soberano de absolución, de santificación como si siendo príncipe de la Iglesia, dispusiese de las voluntades del cielo y aceptase así los dos amantes abrazados ante el tribunal supremo ampliamente desdeñoso de las conveniencias en presencia de ese soberbio caso de amor, conmoviéndole hasta lo más hondo de sus entrañas con el recuerdo de los sufrimientos de su vida y por la belleza de su muerte.

—Dejadlos, dejadlos, hermana mía, no los turbeis

en su sueño... Que sus ojos queden abiertos puesto que quieren tenerlos abiertos hasta la consumación de los siglos para mirarse sin cansarse jamás. Y que duerman el uno en brazos del otro por que no pecaron durante su vida y que no se enlazaron con tan estrecho abrazo más que para acostarse bajo la tierra.

Y volviendo á ser el príncipe romano de orgullosa sangre, enardecida aún con las antiguas aventuras de pasiones y batallas, añadió:

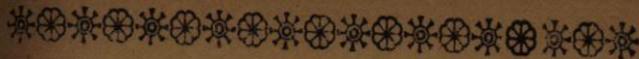
—Dos *Boccanera* pueden dormir así; Roma entera los admirará y los llorará... Dejadlos, dejadlos el uno al otro, hermana mía, Dios los conoce y los espera.

Todos los asistentes se arrodillaron y el cardenal en persona empezó á recitar las preces de difuntos. Ibase haciendo de noche; una sombra creciente invadía la habitación y al poco rato las llamas de dos cirios brillaron como dos estrellas.

Sin saber como, encontróse Pedro poco después en el abandonado jardincito y en las orillas del Tiber. Debía haber bajado al sentir necesidad de respirar aire libre cuando se ahogaba de cansancio y de pena. Las tinieblas envolvían aquel encantador rincón, el antiguo sarcófago en el que el hilillo de agua al caer del trágico mascarón cantaba su perlina canción de flauta, y el laurel que lo sombreaba, los amargos bojés y los naranjos de los paseos no eran más que masas sin forma bajo un cielo de un azul negruzco. ¡Ah! ¡Cuan alegre y distinto estaba por la mañana aquel delicioso melancólico jardín! ¡Y que eco más desolado habían dejado en él las risas de *Benedetta*, toda esa alegría ruidosa de la felicidad próxima y que á la sazón yacía allá arriba en el vacío de las cosas y de los seres! Se le oprimió de tal manera el corazón que empezó á sollozar sentándose en el

mismo sitio en que ella se sentára, en el fragmento de columna rota, en el aire que ella respiró y que parecía conservar su olor puro de mujer adorable.

De proto un reloj lejano dió las seis y Pedro experimentó una brusca sacudida al recordar que era aquella misma noche y á las nueve cuando el papa debía recibirle. Faltaban aún tres horas. Durante la tremenda catástrofe no se acordó pareciéndole que habían pasado meses y meses y aquello acudía á su memoria como el recuerdo de una antigua cita á la cual, después de años de ausencia, se llega envejecido, con el corazón y la cabeza cambiados por una série de acontecimientos sin número. Y penosamente fué haciendo hincapié. Cuando pasasen esas tres horas iría al Vaticano y al fin vería al Papa.



XIV

AQUELLA noche, y en el momento en que Pedro desembocaba del Borgo delante del Vaticano, el reloj dejó oír un gran golpe sonoro, la media de las ocho y media, que resonó en el profundo silencio del barrio lleno de tinieblas y dormido ya. Había ido antes de la hora, y resolvió esperar veinte minutos, arreglándolo de manera que pudiese llegar arriba, á la puerta de las habitaciones á las nueve, á la hora exacta de la audiencia.

Y este respiro le sirvió como de alivio en la emoción, y en la tristeza infinitas que de una manera dolorosa le oprimían el corazón. Tenía los miembros como destrozados, estaba horriblemente cansado de la trágica tarde que había pasado en el fondo de aquella cámara de muerte en la que Darío y Benedetta dormían el eterno sueño el uno en brazos del otro. No pudo pro-